

STUART WOODS

OCULTO EN LA PROFUNDIDAD



Círculo de Lectores

Annotation

En la costa sueca del mar Báltico, un anciano pescador sufre un insólito y grave o accidente cuando su aparejo se engancha a lo que parece ser un submarino espía soviético. En el siniestro muere su único y querido nieto. ¿Cómo ha podido suceder algo así en la costa de un país occidental...? En el otoño de 1982 un submarino soviético encalló cerca de una base naval secreta en el sur de Suecia. Al cabo de una semana de intensas negociaciones diplomáticas, la nave fue liberada. ¿Acaso este hecho, rigurosamente histórico, obedecía a una vasta conspiración para invadir el mundo occidental por sorpresa, sin dar lugar a que ninguna estrategia defensiva se pusiera en marcha?

Oculto en la profundidad, espectacular historia de espionaje al más alto nivel y fruto de los viajes que el autor realizó personalmente a Suecia, Finlandia y la Unión Soviética para investigar los pormenores de esas curiosas incursiones submarinas, baraja una serie de hipótesis espeluznantes y pone al descubierto que, bajo la aparatosa y epidérmica distensión oficial, pueden suceder acontecimientos y planificarse acciones que entrañan un peligro cierto y terrible para el porvenir de la humanidad... o

En una base secreta soviética emplazada en la costa del mar Báltico, un siniestro jerarca de la KGB prepara y ultima un proyecto ultrasecreto y descabellado. El capitán de submarinos Jan Helder recibe la orden de depositar una misteriosa 'boya' en un canal cerca de Estocolmo, valiéndose de un minisubmarino diseñado especialmente a tal efecto... Al otro lado del Atlántico, Katharine Rule, encargada de la oficina de asuntos soviéticos de la CIA, empieza a sospechar algo fuera de lo común en las maniobras navales soviéticas en el mar Báltico. Pero choca con la indiferencia de sus superiores. La valiente Katharine decide investigar

por su cuenta y viaja a Italia, donde se entrevista con Emilio Appicella, experto italiano en computadoras y ordenadores, alguien que anteriormente ha colaborado con los soviéticos... Mientras tanto, el capitán Jan Helder ya ha depositado la enigmática 'boya' en las cercanías de Estocolmo. El éxito de su misión determina que en Moscú le reciban con todos los honores, precisamente durante el transcurso de una reunión secreta en la que el propio Mijail Gorbachov en persona ordena la invasión masiva y por sorpresa de Suecia, primer paso hacia el total dominio de Occidente...

STUART WOODS

Oculto en la profundidad

Traducción de Rosa S. Corgatelli

Emecé Editores

Sinopsis

En la costa sueca del mar Báltico, un anciano pescador sufre un insólito y grave o accidente cuando su aparejo se engancha a lo que parece ser un submarino espía soviético. En el siniestro muere su único y querido nieto. ¿Cómo ha podido suceder algo así en la costa de un país occidental...? En el otoño de 1982 un submarino soviético encalló cerca de una base naval secreta en el sur de Suecia. Al cabo de una semana de intensas negociaciones diplomáticas, la nave fue liberada. ¿Acaso este hecho, rigurosamente histórico, obedecía a una vasta conspiración para invadir el mundo occidental por sorpresa, sin dar lugar a que ninguna estrategia defensiva se pusiera en marcha?

Oculto en la profundidad, espectacular historia de espionaje al más alto nivel y fruto de los viajes que el autor realizó personalmente a Suecia, Finlandia y la Unión Soviética para investigar los pormenores de esas curiosas incursiones submarinas, baraja una serie de hipótesis espeluznantes y pone al descubierto que, bajo la aparatosa y epidérmica distensión oficial, pueden suceder acontecimientos y planificarse acciones que entrañan un peligro cierto y terrible para el porvenir de la humanidad... o

En una base secreta soviética emplazada en la costa del mar Báltico, un siniestro jerarca de la KGB prepara y ultima un proyecto ultrasecreto y descabellado. El capitán de submarinos Jan Helder recibe la orden de depositar una misteriosa

'boya' en un canal cerca de Estocolmo, valiéndose de un minisubmarino diseñado especialmente a tal efecto... Al otro lado del Atlántico, Katharine Rule, encargada de la oficina de asuntos soviéticos de la CIA, empieza a sospechar algo fuera de lo común en las maniobras navales soviéticas en el mar Báltico. Pero choca con la indiferencia de sus superiores. La valiente Katharine decide investigar por su cuenta y viaja a Italia, donde se entrevista con Emilio Appicella, experto italiano en computadoras y ordenadores, alguien que anteriormente ha colaborado con los soviéticos... Mientras tanto, el capitán Jan Helder ya ha depositado la enigmática 'boya' en las cercanías de Estocolmo. El éxito de su misión determina que en Moscú le reciban con todos los honores, precisamente durante el transcurso de una reunión secreta en la que el propio Mijail Gorbachov en persona ordena la invasión masiva y por sorpresa de Suecia, primer paso hacia el total dominio de Occidente...

Título Original: *Deep Lie*

Traductor: Corgatelli, Rosa S.

Autor: Woods, Stuart

©1987, Emecé Editores

ISBN: 9788422627289

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 05/03/2019

Stuart Woods

Oculto en la profundidad

TÍTULO de la edición original. Deep Lie

Traducción del inglés: Rosa S. Corgatelli

Diseño de la sobrecubierta: Enrique Iborra

© 1986 by Stuart Woods

© Emecé Editores, S.A., 1987

Depósito legal. B. 44196-1988

ISBN 84-226-2728-0

N.º 29702

Dedico este libro a Ebbe Carlsson

1

OSKAR OSKARSSON miró de soslayo la niebla iluminada por la claridad del día y buscó algún pájaro. Por encima de su bote resplandecía el sol, pero sobre el agua, donde él se hallaba, sólo había bruma. Era como encontrarse dentro de un tubo fluorescente, rodeado por gases que irradiaban luz. Divisó un petrel a lo lejos, a estribor, y por su aspecto estimó que como mucho habría unos quinientos metros de visibilidad. Las condiciones eran perfectas para lo que Oskarsson hacía en aquel momento.

Redujo la velocidad a 1.000 rpm, se volvió e hizo una seña con la cabeza a Ebbe. El muchacho esbozó una sonrisa, soltó el freno del cabrestante principal y comenzó a desenrollar la larga red barreada de malla de acero que rastrearía el fondo, veinte metros más abajo. Oskarsson observaba con satisfacción a su nieto mientras realizaba el trabajo, todavía no como un experto, pero sí con habilidad. El muchacho vestía sólo téjanos y una camiseta. Los jóvenes nunca tenían frío. Oskarsson se sentía maravillado ante la belleza del cuerpo del chico, de músculos bien torneados y perfectamente proporcionado. Cuando él era muchacho, pensó, todos los jóvenes suecos tenían ese aspecto, que era el resultado del trabajo arduo y los juegos viriles. Ahora no había más que hippies flacos o contables gordos. Ebbe era la excepción, no la regla. El muchacho esquiaba en invierno, hacía excursionismo en verano y remaba en el equipo de su escuela. No era una lumbrera, pero realizaba las tareas físicas con alegría y poco esfuerzo aparente.

El padre del muchacho, hijo de Oskarsson, tenía una discoteca en Estocolmo. ¡Una discoteca, nada menos! Una de las veces que Oskarsson había ido a ver a su hijo, le llevaron de visita. ¡Santo Dios, qué lugar! El ruido —lo llaman

música—, las luces relampagueantes, el calor, ¡los olores! No era una forma apropiada para que un adulto se ganara la vida. Ebbe no haría ese trabajo, se lo había dicho al abuelo. Sabía que no era brillante para ir a la universidad, y no le importaba. Cuando terminara el bachillerato —sólo le quedaba un año—, iría con su abuelo y pescarían juntos. Y ganarían dinero. Dos hombres hábiles podían manejar fácilmente el barco; no hacía falta tripulación con la que compartir la pesca. El muchacho viviría bien con su abuelo, y en pocos años, cuando conociera todos los caladeros, podría asociarse con alguien; entonces Oskarsson se retiraría y recibiría su parte por dejarle el barco. Era un buen barco, y Oskarsson se sentía satisfecho de haber destinado parte de sus ganancias a mantenerlo. Si el muchacho lo cuidaba, le duraría muchos años más. El padre de Ebbe se pondría furioso cuando el chico se fuera con su abuelo a pescar. ¡Con todo el dinero que había amasado en la discoteca, su hijo sería un simple pescador! Oskarsson sonrió al pensarlo.

Cuando la jábega estuvo completamente desplegada, Oskarsson llamó al muchacho a la cabina del timón y desdobló un mapa.

—Aquí. —Señaló con un dedo grueso y torcido. Tenía manos de pescador, permanentemente entumecidas por años de trabajo en el agua fría, los dedos llenos de cicatrices, deformados por huesos rotos mal soldados, consecuencia del riesgo cotidiano de trabajar sin guantes, con herramientas implacables y maquinaria potente—. Aquí llenaremos la jábega hasta que reviente.

El muchacho frunció la frente y señaló:

—¿Y esto, abuelo? —preguntó, haciendo correr el dedo por una desvaída línea magenta—. Esto significa que estamos en zona restringida. ¿Restringida por qué? ¿Podremos tener problemas?

—Es la base naval de Karlskrona —respondió el viejo, apuntando hacia la niebla—. No quieren que los pesqueros rusos se metan por aquí y saquen fotos. —Se clavó el pul-

gar en el pecho—. Pero yo no soy ruso, y tú tampoco, ¿no? —Le guiñó un ojo—, Y la Marina no echará de menos a los peces.

—Si tú lo dices, para mí está bien. —El chico rió.

—Los peces también saben que ésta es zona restringida. Piensan que aquí no los pescará nadie, pero en mañanas neblinosas como ésta tú y yo podemos venir temprano, pescar un par de horas y alejamos antes de que la niebla se disipe.

—¿No tienen radar? La neblina no lo altera, ¿verdad?

—Seguro, seguro que tienen radar, pero he descolgado el reflector, y un barco de madera como el nuestro no se detecta fácilmente, creo. Al menos, a mí nunca me atraparon. Pienso que si nos detectan en el radar cuando hay niebla, no nos prestarán mucha atención, porque los barcos rusos sólo vienen cuando hace buen tiempo, para poder sacar sus fotos. Y si me llegan a coger, dirán: «Vaya a pescar a otra parte, abuelo. Aquí no hay gran cosa».

A Oskarsson no le preocupaba que le persiguieran. Conocía aquellas aguas mejor que cualquier navegante de la Marina sueca. Había nacido en la isla de Utlangen, no muy lejos de allí, y en los viejos tiempos había pescado en ese lugar con las velas alzadas. Podía alejarse de un barco patrulla moviéndose con rapidez entre las islas. Seguiría considerándose propietario de aquellas aguas, a pesar de todos los marineros que enviara la Marina sueca en sus veloces barcos.

Navegaron lentamente durante un cuarto de hora, remolcando la red y conversando afablemente. Luego se oyó un fuerte chasquido, el barco se detuvo de repente, y ambos fueron proyectados contra el mamparo. Inmediatamente, Oskarsson disminuyó la velocidad y puso el motor en punto muerto.

—¿Qué pasa, abuelo? —preguntó el muchacho.

El viejo no respondió enseguida, pero volvió a poner en marcha el motor y puso máquina avante. Avanzaron

unos segundos; el cabo de la red se puso tenso y la embarcación volvió a detenerse.

—Estamos enredados en algún obstáculo —respondió al fin Oskarsson. Consultó la carta—. No figura ningún naufragio en los alrededores. Espero que la Marina no haya traído algún blanco para prácticas de tiro y lo haya dejado hundido. Monta el cabo del trinquete en el cabrestante auxiliar, y veamos si así podemos liberar la red.

Ebbe fue a la popa y enrolló el cabo en el cabrestante auxiliar. Oskarsson volvió a poner el motor en marcha y aceleró.

—Ahora —gritó—, dale ahora. —El muchacho movió la palanca y fijó el cabo cuando éste comenzó a enrollarse en el cabrestante. Se está desenganchando, pensó Oskarsson, se va a desenganchar y estaremos libres. En ese momento el cabo del trinquete también se puso tenso, y el barco se detuvo nuevamente— ¡Para! ¡Para el motor! —gritó. El muchacho movió la palanca, y el cabrestante dejó de funcionar—. Cálzalo, voy a intentar otra cosa.

Oskarsson puso el motor en marcha y giró el timón a todo babor.

—Haremos un círculo e invertiremos la red —le dijo al muchacho—. De ese modo se librará de cualquier obstáculo en que se haya enredado.

Así lo esperaba. Sustituir la red costaría miles de coronas, y aunque el seguro le pagaría la mayor parte, no le reembolsaría el tiempo perdido mientras esperaba una nueva. Porque las redes se hacen por encargo.

Movió el barco de modo que evitó pasar por encima del cabo, luego enfiló a babor, hacia donde estaba la obstrucción a fin de tener algo de espacio para moverse. Mantuvo el curso un momento, y después el barco comenzó a ladearse a estribor. Esto desconcertó a Oskarsson un instante, ya que tenía el timón todo a babor, pero enseguida se dio cuenta de que, aunque la proa había virado a estribor, el barco no navegaba en esa dirección. La embarca-

ción, para su sorpresa, se desplazaba *de costado*. Cualquiera que fuera el objeto en que se había enredado, se estaba *moviendo*.

Oskarsson soltó el timón, pero éste giró abruptamente a estribor, lo que provocó una sacudida que le arrojó con violencia contra la cubierta. Se incorporó con esfuerzo, sosteniéndose un hombro magullado, y llamó al muchacho—: ¡Rápido, tenemos que soltar la red! —El barco viró en dirección contraria, y luego se estabilizó. Ahora estaban siendo arrastrados hacia atrás.

—¿Qué pasa, abuelo? —preguntó el muchacho, agarrándose con fuerza al cabrestante auxiliar—. ¿Qué es lo que pasa?

—¡Suelta el trinquete! —gritó el viejo mientras trataba de llegar a los mandos del barco. El muchacho hizo lo que se le había ordenado, descalzó el cabo y lo desenrolló del cabrestante. Pero el barco seguía moviéndose hacia atrás, y a velocidad cada vez mayor. Horrorizado, Oskarsson puso marcha atrás y aceleró a fondo. Tenía que aflojar un poco el cabo de la red. El chico se dio cuenta enseguida de lo que el viejo intentaba hacer, y fue hasta el cabrestante principal. Aún había algunos metros del cabo principal de la red enrollados allí. Oskarsson trataba de gobernar el barco marcha atrás, y observaba a Ebbe mientras luchaba con el freno. Si lograba liberarlo, el cabo se aflojaría y podrían desengancharlo, y estarían libres.

Pero el cabrestante estaba muy cargado, y el freno no se movía. Oskarsson sintió orgullo cuando el muchacho, sin dudar ni esperar órdenes, tomó un hacha y la dirigió contra la palanca del freno. Se necesitó un solo golpe para liberarla, y el tambor del cabrestante giró libremente. El barco se clavó en su ancha popa y casi se detuvo, por lo que ambos cayeron sobre la cubierta. Oskarsson se lanzó hacia el fiador del cabo, sabiendo que tenía sólo unos segundos para liberarlo antes de que volviera a enrollarse hacia arriba. Logró agarrarlo, e intentaba buscar un punto de apoyo con el

pie, cuando el cabo se tensó de nuevo. Oskarsson lanzó un grito cuando la mano se le incrustó en el tambor del cabrestante. En unos segundos, con un dolor que le paralizó el corazón, los filamentos del cabo le segaron los dedos.

Oskarsson cayó en la cubierta y se miró con incredulidad la mano; nada más tenía un dedo, y la sangre le manaba a borbotones. Se olvidó de lo que le estaba sucediendo a su barco, y buscó su «bolsa de cuerdas», un bolsón de lona fijo al mamparo en el que guardaba restos de cabos. Enseguida encontró un pedazo de cuerda de nailon, se lo enrolló alrededor de la muñeca, sosteniendo uno de los extremos con los dientes, la apretó bien y la anudó, preguntándose todo el tiempo por qué ya no le dolía, por qué un extraño calor invadía su mano mutilada.

Volvió su atención al barco. Incluso marcha atrás a toda máquina, seguía siendo remolcado hacia atrás, a unos ocho o nueve nudos, según calculó, y la velocidad aumentaba de manera constante. El agua inundaba la popa, y en medio de ella Ebbe luchaba por ponerse de pie; parecía aturdido por la caída. Oskarsson miró a su alrededor, sintiéndose impotente. Durante toda una larga vida en el mar, nada le había preparado para una situación como aquélla, una situación absoluta, ridículamente improbable. El agua ya le llegaba a las rodillas, y el barco debía de estar moviéndose a la increíble velocidad de quince nudos, marcha atrás.

—¿Qué pasa? —le preguntaba el chico a gritos por encima del rugido del agua que se precipitaba sobre el barco.

Oskarsson no lo sabía. Sólo comprendía que aquello no podía durar mucho más. Entonces, como respondiendo a sus pensamientos, se oyó un tremendo estrépito de madera y metal que se rompían, y los dos remaches que unían a cubierta el basamento del cabrestante principal se soltaron de sus alojamientos.

—¡Ebbe! —gritó Oskarsson—. ¡Apártate! ¡El cabrestante se está soltando!

—¿Qué? —contestó el muchacho con otro grito.

Se produjo un desgarramiento final, explosivo, y se desprendió la parte de la cubierta a la que estaba sujeto el cabrestante. Este, todavía calzado al cabo de la red que los había estado remolcando, voló por encima de la popa, y en su camino golpeó la cara del muchacho con toda su fuerza.

Luego, de repente, todo se tranquilizó. El barco se detuvo y quedó meciéndose en el agua luminosa. Un rastro de burbujas desapareció a popa junto con la red y el cabrestante. El motor, inundado, se había detenido. El agua llegaba hasta los muslos de Oskarsson. Se abrió paso con rapidez hacia la popa, hacia donde flotaba el cuerpo de Ebbe, rodeado de sangre y materia gris. Oskarsson levantó al muchacho en brazos y se sentó en la borda, entonces apenas unos centímetros por encima del agua. La flotabilidad propia del barco le impedía hundirse, aunque las cubiertas se encontraban invadidas por el agua. Al chico le faltaba la mayor parte de la cabeza, y Oskarsson se abrazó al flácido cadáver, sollozando.

Oyó que desde algún lugar, entre la neblina, se acercaba velozmente una lancha, pero no le importó. Ahora ya no pasaría más días con su nieto, ya no le podría indicar dónde estaban los peces ni qué debía hacer para apresarlos. Ahora sólo le quedaba la vejez y la soledad, hasta que le llegara la muerte. Quería morir. Desató el nudo de la cuerda que le apretaba la muñeca y la sangre volvió a fluir de los muñones de sus dedos.

El barco patrulla ya había salido de la bruma, y aminoraba la marcha. Una voz potente y metálica le llegó a través del agua.

—Se encuentra en área restringida: debe irse enseguida. Sígame, por favor. Se encuentra en área restringida...

La lancha llegó hasta donde estaba el inundado barco de Oskarsson, y la voz se apagó repentinamente. La cara bronceada del joven alférez de fragata se apartó del altavoz, le miró desde unos metros de distancia y se tornó blanca.